

COMENTARIO AL PRÓLOGO DEL EVANGELIO DE SAN JUAN (Pbro. Hugo Chávez)

I. Contexto socio-religioso del prólogo de cuarto evangelio.

El evangelio de Juan comienza con un himno de dieciocho versículos que es catalogado como un hermoso poema y comúnmente se dice que es el prólogo de la obra; también se comenta que nos muestra el contenido del cuarto evangelio en forma germinal, porque se repetirán los temas de la Luz, el Mundo, el Hijo de Dios, la verdad, etc.

Quizá no tenga nada de extraño lo anterior, pues cada evangelista a su modo también pone una introducción a su libro: Lucas, a la manera de Polibio y Estrabón narra en los primeros cuatro versículos su intención como historiador. Mateo coloca una genealogía que remite hasta Abraham (Mt 1,1-17). Marcos, el más sencillo de los cuatro evangelios, simplemente pone el título *Comienzo del evangelio de Jesucristo hijo de Dios* (Mc 1,1) el cual se confirmara al final, a modo de inclusión, con lo dicho por el centurión romano (Mc 15,39).

Si observamos con atención, en la medida que el evangelio es más recientes, la introducción más profundiza en los orígenes de Jesús.

La pregunta clave de nuestra reflexión es ¿cuándo fue escrito el prólogo del evangelio de Juan? No se necesita ser un gran exégeta para saber que lo último que se escribe en un libro es el prólogo o la introducción, es decir, una vez terminada la obra, un prólogo hace las veces de un indicador para fijar el objetivo y los alcances que se pretenden en un trabajo escrito.

Pero vayamos un poco más a fondo en este tema del prologo de una obra poniendo un ejemplo hipotético: si un teólogo de nuestros días escribiera un libro con una alta teología y hasta cierto punto fuera innovador y polémico, tendría que pensar muy bien lo que va decir en el prólogo de su trabajo, es evidente. Pero si antes, él tuviera la oportunidad de poner su libro sobre la mesa en varios foros con otros especialistas, seguramente las controversias, los malos entendidos, las diversas interpretaciones acerca de lo que ha escrito, le darían una retroalimentación inmejorable para su prólogo; de hecho, hay quien añade un nuevo prólogo a los libros que alcanzan posteriores ediciones. Y ya no sería sólo una exposición germinal de sus contenidos u objetivos, sino incluso añadiría importantes precisiones.

Mutatis mutandis, esa es la oportunidad que tuvo el redactor del prólogo de san Juan. Nos explicamos, no es nuevo que muchos especialistas consideran que los primeros dieciocho versículos son posteriores al evangelio de Juan y quizá añadidos por un redactor. La fecha conveniente que se maneja para la composición del evangelio es

alrededor del año 100 de nuestra era. ¿En que fecha habría que colocar el prólogo? ¿Antes, entre o después de las cartas juaninas y el Apocalipsis? ¿Es posterior al grupo de los así llamados gnósticos? Aunque no hay certeza para fechar este himno introductorio, sin embargo, podemos esclarecer por qué es posterior al cuarto evangelio.

Sabemos que los primeros discípulos de Jesús se movían en las sinagogas con cierta libertad y eran considerados como una secta del judaísmo. El nombre de cristianos, con un acento al principio despectivo, se dará más tarde; según Hechos por primera vez se les llamó cristianos en Antioquía (Hch 11,26).

En este marco, la comunidad juánica se componía al inicio por judíos cuya fe en Jesús asimilaba una cristología relativamente baja, es decir, con títulos del AT como mesías, profeta, siervo, hijo de Dios.

Dentro de este grupo formado por judíos algunos terminaron rechazando contundentemente a Jesús y a sus seguidores. La causa con toda certeza está en la alta cristología juánica. Jesús durante su ministerio llega a afirmar “antes de que existiera Abraham, yo soy” (Jn 8,58); habla de la gloria que tenía antes de que el mundo existiera (Jn 17,5); trabaja en sábado al igual que Dios él no descansa; además “llama a Dios Padre, igualándose a Dios” (Jn 5,18); Tomás, en la resurrección le dice “Señor mío y Dios mío” (Jn 20,28). Los judíos consideraban una blasfemia que Jesús fuera Dios y que así lo consideraran sus seguidores, de ahí los conflictos reflejados en las expulsiones de la sinagoga (Jn 16,2). En síntesis, la oposición de estos judíos domina los capítulos 5-12 del evangelio.

El evangelio revela otros conflictos, ya no con la sinagoga, sino al interior de la misma comunidad juánica. Los describimos a continuación:

El pasaje de la samaritana y los siguientes diálogos donde Jesús dice: “la salvación viene de los judíos” (4,22), “llega la hora que ni en este monte ni en Jerusalén...” (Jn 4,21) y la mención de “los adoradores en espíritu y en verdad” (4,23), han llevado a concluir que había otro grupo conformado por judíos de concepciones anti-templo que convirtieron a algunos samaritanos.

También la llegada de algunos griegos que le sirve a Jesús como señal de que ha llegado su hora (Jn 12,20-23) y asociada a la expulsión de la sinagoga (Jn 12,42), hace pensar en el momento de la separación de la sinagoga y la aceptación de gentiles en el grupo juánico.

La oposición al “mundo” reflejada en los capítulos 14-17 (ver además Jn 15,18-19; 16,20) puede significar que ahora los cristianos juánicos se encuentran con la incredulidad de los gentiles, de la misma manera que antes se habían topado con la incredulidad de los judíos; son éstos, los del mundo, un grupo más reflejado en el evangelio.

La comunidad juánica asentada en Asia (Éfeso) tuvo también controversias con los judíos de la diáspora, lo reflejan las discusiones respecto al sábado (5,16; 7,19), a que no hubo resurrección (Jn 2,18-22), a que la eucaristía es algo increíble (Jn 6,52), a que Jesús no fue un gran maestro (7,15). Sin embargo, estos casos son secundarios, porque la disputa dominante termina siendo siempre la divinidad de Jesús.

Otro grupo que también genera polémica al interior de la comunidad juánica son los simpatizantes de Juan el Bautista. El evangelista presenta a los primeros seguidores de Jesús como discípulos del Bautista y el movimiento juánico pudo haber tenido sus raíces en tales discípulos. Por eso sorprende encontrar en el cuarto evangelio una larga lista de proposiciones negativas referentes a Juan el Bautista. En Hch 18,24-19,7 se habla de Apolo y de un grupo de doce en Éfeso que habían sido bautizados sólo con el bautismo de Juan Bautista.

Un grupo también que se deja ver el evangelio de Juan son los cripto-cristianos. Ellos temían confesar públicamente su fe por miedo a ser expulsados de la sinagoga; eligieron ser conocidos como discípulos de Moisés más que como discípulos de “este hombre” (Jn 9,28). El evangelista cuenta la historia del ciego del capítulo 9 como un ejemplo de valor para confesar a Jesús sin importar las consecuencias con la sinagoga. Otro ejemplo muy emblemático es el de Nicodemo, pues pudiera parecer que tiene miedo de confesar a Jesús pues lo vista de noche (Jn 3,2), pero representa a los que tardan un poco, pero terminan reconociéndolo, ya que Nicodemo habla indirectamente a favor de Jesús con los fariseos (Jn 7,50) y hace patente la frase del Señor “cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”, pues junto con José de Arimatea se ocupan del cuerpo de Jesús, haciendo pública su fe.

Un grupo más es el de los judeo-cristianos que no les alcanza la fe en Jesús. El discurso del pan de vida tuvo lugar en la sinagoga, la terminología del evangelista afirma contundente que eran discípulos de Jesús que no admiten que el pan de vida sea su carne que debe ser comida, así como su sangre bebida (Jn 6,60-67) y desde entonces “muchos de sus discípulos se retiraron y ya no lo seguían”.

Raymond E. Brown postuló hace tiempo que el discípulo de nombre desconocido en Jn 1,35-51 al lado de Andrés es un personaje histórico, primero discípulo de Juan Bautista y después discípulo de Jesús: el discípulo amado. Este seguidor vivió el mismo crecimiento en la comprensión cristológica que la comunidad juánica y fue ese crecimiento lo que hizo posible para la comunidad identificarlo como uno al que Jesús amaba de una manera especial. En el evangelio, éste personaje representaba a un grupo distinto al de los Doce¹.

La clave para distinguir a este grupo es el deliberado contraste entre Pedro y el discípulo amado, el héroe de la comunidad juánica: descansa sobre el pecho de Jesús,

¹ Ver **BROWN R.E.**, *La comunidad del discípulo amado*, Salamanca 1991, pp. 32-35.

mientras que Pedro tiene que hacer una señal para pedir información (Jn 13,23-26), puede acompañar a Jesús al palacio del sumo sacerdote, mientras que Pedro tiene que pedir ayuda (Jn 18,15-16), llega antes que Pedro al sepulcro y sólo de él se dice que creyó por lo que vio allí (Jn 20,2-10), es el que reconoce a Jesús a orillas del Tiberíades y se lo comunica a Pedro (21,7), Jesús le dice a Pedro, respecto al discípulo amado “si yo quisiera que éste permaneciera hasta que yo venga, ¿a ti qué? (Jn 21,20-23), el discípulo aparece al pie de la cruz mientras Pedro lo ha abandonado (Jn16,32). En pocas palabras, el cuarto evangelio no presta atención a la categoría de “apóstol” (de hecho no aparece en el evangelio) y hace del “discípulo” la categoría primaria cristiana, es una categoría basada en el amor, donde cualquier otra distinción en la comunidad Juanica no es tan importante, incluso el pasaje de la triple pregunta a Pedro ¿me amas?, tiene esta intención. Por tanto, no son accidentales estas diferencias; reflejan una iglesia sólida y distinta a la que veneraba a Pedro y a los doce. Aunque hay que decir que la presencia de Simón Pedro y los otros discípulos manifiesta también que son de los “suyos”, pertenecientes a Jesús: “Tú tienes palabras de vida eterna” contesta Simón Pedro.

Todos estos pluralidad de grupos al interior de la comunidad juánica hacen que se comprenda mejor la oración de Jesús en 17,20-21: “Padre, que todos sean uno”.

Hay otra pregunta importante al distinguir los distintos grupos que refleja el evangelio de Juan, ¿cabe hablar de un grupo gnóstico o de un gnosticismo?

Bajo la influencia de R. Bultmann se pensaba que el evangelio de Juan era de tendencia gnóstica e incluso que pudo haber sido escrito por un ex gnóstico con sentido cristiano. La investigación pasó por este supuesto, también porque algunos comentarios antiguos al cuarto evangelio fueron escritos por gnósticos. Por ejemplo, entre los tratados encontrados en Nag Hammadí (Egipto), en diciembre de 1945, se encuentran tres copias de un *Apócrifo de Juan; el Evangelio de la Verdad y el Evangelio de Tomás*. No obstante, las conclusiones a las que han llegado los especialistas es que el evangelio no puede ser una composición gnóstica, pues estos escritos encontrados en Egipto, son posteriores al evangelio de Juan (ca. s.II d.C.) y más bien los gnósticos han conocido y utilizado el evangelio de Juan².

Es interesante esclarecer qué se entiende por gnóstico para descartar más firmemente un malentendido con relación a la comunidad juánica³:

Antes de que Ireneo escribiese en el 180 d.C. el adjetivo *gnostikos* (relacionado con la gnosis) no se aplicaba a personas, sino a facultades, actividades intelectuales u operaciones mentales.

² Ver **RIVAS L.H.**, *El evangelio de Juan. Introducción. Teología. Comentario*, Buenos Aires 2006, pp. 13-16.

³ Ver **BRASSE D.**, *Los gnósticos*, Salamanca 2010, pp. 55-87.

Los filósofos y otros eruditos usaban el término “gnóstico”, pero la gente ordinaria no lo empleaba en su lenguaje cotidiano. Debió de haber sido raro llamar a ciertas personas “gnósticos”, no obstante, lo encontramos en la literatura cristiana, a partir de Ireneo.

El autor de 1 *Clemente* se alegraba porque Jesucristo había traído la “gnosis inmortal”. La *Carta a Bernabé* habla de la doctrina cristiana como “la gnosis que nos ha sido otorgada”. Estas obras ponen de manifiesto que el énfasis en la gnosis no puede ser un rasgo originario y definitivo del “gnosticismo”. Sabemos que algunos cristianos primitivos se llamaban así mismo gnósticos; y no siempre fueron aquellos que acabaron siendo conocidos por su herejía. Clemente no afirma ser miembro de un grupo llamado “los gnósticos”, pero hace uso del término “gnóstico” para referirse al cristiano ideal.

Será hasta el tiempo de Ireneo donde un grupo bien identificado pueden ser llamado “gnósticos”. Por ejemplo, Valentín, adoptó algunas ideas gnósticas, pero el no era gnóstico. A la luz del testimonio de Ireneo, podemos atribuir el *Libro secreto de Juan* (o *Apócrifo de Juan*) a la escuela de pensamiento gnóstica.

Los textos gnósticos son obras mitológicas que descubren la estructura del mundo divino, la creación del universo y las primeras generaciones de la humanidad; suponen la preexistencia de seres humanos en la esfera divina, se convierten en Hijos de Dios, su estado como “no de este mundo” es conferido, no ontológico, hablaban de la predestinación, etc. La mayoría de estas obras mitológicas proviene no de autores recientes, sino de personajes del pasado llenos de autoridad tales como Adán, Zoroastro y el apóstol Juan.

Mencionamos el tema del gnosticismo, aunque parezca estar fuera del marco de san Juan, porque dio pie a una mala lectura del cuarto evangelio que desembocó en posteriormente surgieran los docetas, monofisitas, encratitas, montanistas, capocratianos, cerintianos, los que falsearon la figura de María Magdalena, etc.

Vendría bien añadir una síntesis acerca de la entrada en el canon del evangelio de Juan, pero se sale de nuestro objetivo en esta reflexión. Basta decir que no estuvo ausente de dificultades para ser aceptado.

Todos los grupos juánicos que se traslucen a la luz del evangelio y que tuvieron sus dificultades comunitarias se fueron abriendo camino y fueron absorbidas por la gran Iglesia que iba expandiéndose. Los grupos que hoy conocemos como “heréticos” y que hicieron una lectura a conveniencia del cuarto evangelio fueron desapareciendo ante la claridad doctrinal de los Santos Padres y con los aportes de los concilios posteriores.

Hay algo sumamente positivo en todo este recorrido al interior del evangelio de Juan y de su historia en la Iglesia. Comparado con los sinópticos, la teología del cuarto evangelio es diferente, volátil, profunda y llena de riesgos. Sorprende la acción del Espíritu

Santo, pues la tensión no se acepta fácil en la vida ordinaria como tampoco en la vida eclesial. Sin embargo, la decisión de resolver las tensiones teológicas no de manera estática, sino discerniendo, escrutando y aceptando un evangelio tan difícil en el canon, nos muestra como la Iglesia evita el autoritarismo como salida fácil y al mismo tiempo advierte sobre un *exceso del Espíritu* (valga la expresión) que conduce a divisiones y a la falta de orden.

Conclusión:

La historia juánica, como ha dicho el teólogo (Edwyn Hoskyns), presenta en microcosmos, las luchas de la Iglesia a través de los tiempos: “por eso, el lector moderno no tomará el cuarto evangelio como su autor deseó que se tomase, si concluye que el estaba contra el gnosticismo, el docetismo, el ebionismo o incluso contra los judíos, y se queda satisfecho con esa explicación, sin reconocer al mismo tiempo, que aquellos antiguos movimientos de religión son todavía factores profundos y destructivos en nuestra vida común”.

El prólogo es un himno eminentemente juánico, nacido en el seno de esa Iglesia y colocado posteriormente por un redactor. No sólo esboza de manera germinal de qué va a tratar el evangelio, sino que, ante los grandes peligros y divisiones, pone en claro desde el principio quién es Jesús.

II. Comentario y anotaciones exegéticas al prólogo de san Juan.

Podemos dividir el texto en clave del tiempo:

- a. Desde la preexistencia del Logos (vv. 1-2).
- b. Hasta la creación (vv. 3-5).
- c. La historia humana hasta la encarnación (vv.6-14).
- d. La recepción posterior del Logos encarnado (vv. 15-18).

v. 1: “Al principio” (*en arche*) ya existía la Palabra” establece un paralelismo con Gn 1,1. Pero aquí se subraya que antes de todo la Palabra ya existía. El verbo ser en imperfecto “era” (o existía) ubica la Palabra fuera de los límites del tiempo y el espacio.

La Palabra preexiste a la historia humana y está en relación con Dios o tiene un dinamismo en la relación con Dios (*pros ton theon*). Traducida “La Palabra estaba dirigida hacia Dios”.

Aunque se conoce por la filosofía el concepto “Logos” = Palabra y seguramente en la cultura del evangelista, no tiene un significado helénico, sino el autor ha elegido “ho Logos” para indicar que procede de la intimidad de Dios. Evoca el AT: la Palabra creadora de Dios y la Palabra reveladora de Dios con raíces en la literatura sapiencial, donde Dios crea por la Palabra y donde la sabiduría existe antes del mundo, aunque no llegue a afirmar que son divinas como lo hace san Juan.

En el mismo v.1 el autor del prólogo tarta de evitar que se de una identificación entre Dios y la Palabra. La frase griega (*kai Theos en ho Logos*) coloca el complemento “theos”: Dios antes del verbo ser y sin artículo es un matiz que evita la confusión y se podría traducir: “Lo que Dios era también lo era la Palabra”.

En los vv. 3-4 para hablar de la creación no usa el verbo ser en imperfecto, sino el “llegaron a ser” (*egéneto*) por la Palabra y luego, en el mismo versículo el cambio al tiempo perfecto (*gégonen*) indica que en el pasado tuvo lugar un acontecimiento, pero que su significado prosigue en el presente: la Palabra irrumpió en la historia humana e hizo posible la continuidad de la vida.

El v. 4 dice que la Palabra es luz en el mundo y aún cuando hay hostilidad las tinieblas no sofocan su brillo. Aunque parezca contradictorio incluso en la crucifixión al final de la historia de Jesús así como por la experiencia constante del mal en el mundo, la luz que es la Palabra, sigue resplandeciendo.

Los vv. 6-14. Entra a escena la figura de Juan el Bautista, es un enviado por Dios; esto es importante porque en el relato juánico, excepto Jesús, a nadie más se le presenta como enviado por Dios. Juan forma parte del plan divino y vino para dar testimonio de la luz; él no era la luz. No debe haber, por tanto, confusiones.

Las referencias a la encarnación que se habían hecho en los vv. 3-4 se afirman aquí explícitamente. Vuelve la misma raíz verbal de la obscuridad que no sofoca la luz, ahora el verbo “*lambanein*” (*paralambanein*) describe la respuesta de la humanidad: “vino a los suyos y los suyos no lo recibieron”. No obstante, el v. 12, otra vez con la misma raíz verbal (*lambanein*) se pone en paralelo con la fe: “a los que lo recibieron y a los que creyeron en su nombre les dio poder para ser hijos de Dios”. Este poder dado no es una promesa sino una realidad para quienes la reciben y creen. Ese “llegar a ser” (*genesthai*) indica que la fe y la realidad escatológica exigen nun compromiso constante.

El v.14 es para muchos la cúspide del prólogo: así como el Bautista irrumpió en la historia humana (*egéneto anthrópos v.6*) del mismo modo la Palabra entra en la misma historia (*sarx egéneto*).

“Se hizo carne” enfatiza la nueva y humilde condición en que se ha establecido el Verbo. “Carne” designa a todo hombre, pero subrayando su condición de flaqueza, fragilidad y mortalidad (Jn 3,6; 17,2; Gn 6,3). Isaías escribe un interesante texto que habla de lo perecedero frente a lo eterno: “Toda carne (*sarx, basar*) es como hierba y toda su gloria como flor de campo. Se seca la hierba, se marchita la flor, pero la Palabra de nuestro Dios permanece por siempre” (Is 40,6s; ver también Jr 17,5; Sal 56,5; 78,39).

Si el autor prefiere la palabra “carne” (*sarx*) a “hombre”, a pesar de que Juan la emplea frecuentemente a propósito de Jesús, es para evitar que se compare con Juan, del que acaba de hablar como “hombre enviado por Dios”.

La Palabra preexistente, tan íntimamente asociada a Dios (vv. 1-2), ahora encarnada, puede ser la comunicación y revelación de Dios en la situación humana, que es donde ahora habita (*eskenosen*). Este último verbo significa literalmente “plantar una tienda, un tabernáculo”, evoca la morada de la Sabiduría de Eclo 24,10. Este verbo también podría estar vinculado con el verbo hebreo (*sakan*) de donde se deriva “*shekiná*” (*morada, habitación*) que sirve para expresar la presencia de Dios en medio de su pueblo (Ex 25,8; 29,46; Zac 2,14).

El Logos se hace hombre pero sigue siendo plenamente Logos. Como dice Jerónimo “El Verbo se hizo carne, sin dejar por ello de ser lo que era antes”. En las epifanías mitológicas se esperaba que Dios irrumpiera en el mundo de manera divina o que tomara una apariencia humana, disfrazándose con alguna forma terrena. Pero que Dios se haya hecho hombre y siga siendo Dios, ¡es inaudito!

Jesús queda afectado por un cambio real; no ya ciertamente en la esencia de su divinidad, sino en la relación que tiene con sus creaturas.

Este Logos se hizo hombre. Esta por entero en ese hombre particular que se llama Jesús de Nazaret.

El hombre ahora no tiene que despreciar su condición carnal, desde esa condición como dijo el v.12, Jesús le da “la capacidad de hacerse hijo de Dios”. O como dijo san Agustín de modo elocuente en el Ser 190,4: “Jesús está envuelto en pañales, pero nos reviste de inmortalidad”. El nacimiento de Cristo significa que la eternidad como hijos de Dios ha llegado a nosotros.

La “gloria” como Hijo único del Padre, que aquél tenía antes de todos los tiempos (Jn 1,1-2; 17,5) era desconocida e incognoscible para la situación humana, es ahora vista en la encarnación de la Palabra. Además, para el evangelista la gloria de Jesús será también manifestada en la cruz y su subida al Padre (Jn 12,23.28; 13,31-32; 17,1.5). Esta manifestación de la gloria tiene por objeto engendrar la fe, hacer creer, como en las bodas y en la resurrección de Lázaro (Jn 2,11; 11,40)

“Lleno de gracia y de verdad” (v.14) así se traduce comúnmente (en griego *cháritos kai Aletheías*) y se asocia con Ex 34,6 (*hesed we ’emet* = misericordia y fidelidad). Sin embargo, también es posible que la palabra *Charis* retenga su sentido original de “don no solicitado o merecido” y unido al *kai* epexegetico (enfático) se puede traducir: “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, plenitud de un don que es verdad. Hemos visto su gloria, la gloria como del Hijo único del Padre”. Pues la comunidad juánica ha contemplado la manifestación visible de Dios en la Palabra encarnada, en el Hijo único del Padre, plenitud de un don que es verdad. Esta misma bina de palabras, que consideramos enfáticas o explicativas vuelven aparecer en el v. 17 y tendríamos que traducirlas igual (“don que es la verdad).

El v. 16 dice: “De su plenitud todos hemos recibido también gracia sobre gracia” (abundancia de gracia = *charin anti Charitos*). Lo difícil de traducir es esa preposición “*anti*” = contra. La Biblia de Jerusalén pone las distintas posibilidades de traducción. Subrayamos una: “un don en lugar de un don” ó “una gracia en lugar de una gracia”. El primer don sería la ley de Moisés, “pero el don que es la verdad vino mediante Jesucristo”, que parafraseándola sería “un don que es revelación definitiva de Dios en la historia humana y que tuvo lugar en Jesucristo .

Las últimas anotaciones que queremos hacer son las del v.18 y nos parecen muy significativas. “A Dios nadie lo ha visto jamás, el Hijo único, que está vuelto hacia el Padre, nos lo ha dado a conocer”.

La Imposibilidad se subraya tres veces con el sujeto, verbo y adverbio: “Ninguno ha visto a Dios jamás”

A veces se traduce “el Hijo único de Dios”, pero literalmente dice “El Hijo único, Dios”; este último está en nominativo, no en genitivo”.

“Que está vuelto hacia el Padre” con una preposición en acusativo, es una especie de inclusión con el v.1 “*ho Logos pros ton theon*”, de la que dijimos que significaba una relación dinámica.

Lo más interesante a nuestro juicio es el sustantivo de esta frase en acusativo “*kolpos-ou*” = “seno” o “pecho”. Jesús está recargado en el pecho del Padre y con el “*ho on*” deja en claro el aspecto durativo de la unidad. Una gran sorpresa es que este sustantivo nos remite a Jn 13,23 donde se habla por primera vez del enigmático personaje llamado “el discípulo amado”; el también se recarga en el pecho (“*kolpos-ou*”) de Jesús en la última cena. Esto confirma lo que habíamos dicho del discípulo predilecto que establece una relación dinámica con Jesús fundada en el amor, la cualidad discipular más importante para el evangelio de Juan.

Una última anotación igual de interesante: “Él nos lo ha dado a Conocer”. El verbo es muy conocido por nosotros y por la literatura griega “exegésato” (de ahí viene exégesis), que significaría: “Él nos lo ha explicado”, “relatado completamente”.

Hay una ausencia que complica la sintáxis de esta frase: el verbo no tiene compimento. El lector lo debe completar: “Él nos ha contado completamente la historia de Dios”, pues es el único exégeta.

Y como dice un teólogo francés (Delebeque) el “*kai*” que sigue inmediatamente en el v. 19 introduce al lector en la historia.

III. Algunas anotaciones teológicas en torno a la Encarnación y sus repercusiones.

“Saber algo de alguien” no es lo mismo que “poseer una relación real con alguien”. Tratar con alguien existencialmente, o, más aún, entregarse con amor a alguien, es muy distinto que sólo saber algo. Podemos decir lo mismo respecto a Dios, una cosa es saber algo acerca de Él y otra amarlo.

La distinción viene a colación a la luz del prólogo para formular una pregunta: ¿podemos conocer a Dios y tener una relación existencial con él?

El hecho de que Dios mismo se haya hecho hombre es la razón única y la causa última de la relación de Dios con los seres humanos; más aún, de su relación con toda la creación.

La posibilidad de la creación no sólo frente a la nada, sino también ante Dios, recibe en Cristo su culminación cualitativamente única, “todo fue creado por él y para él” y toda la creación tiene su consistencia en Él.

Quien ve a Jesús ve al Padre, y quien no lo ve a él –el hecho hombre- tampoco ve a Dios. Sólo desde el Logos encarnado podemos encontrar a Dios. Sin él, todo lo que hablemos de Dios o todo lo que creamos haber comprendido con fervor no es más que parcial y hueco; infinitud insatisfecha. La plenitud ilimitada puede encontrarse sólo donde está Jesús de Nazaret, hecho carne, que permanece por toda la eternidad.

Jesús hombre no sólo fue por una vez de decisiva importancia para nuestra salvación, es decir, por su obrar histórico y por su Cruz, sino que sigue siendo decisivo ahora y por toda la eternidad, como el hecho hombre.

La permanente apertura de nuestro ser para alcanzar al Dios vivo, eterno e infinito, se posibilita sólo en la humanidad permanente de Cristo. De tal manera que todo acto religioso o de fe debe estar orientado a su humanidad y dirigido a través de ella para alcanzar la meta en Dios. Incluso en la eternidad sólo se puede contemplar al Padre a través del Hijo, pues la inmediatez de la visión de Dios no niega la eterna mediación de Cristo-hombre⁴.

Como dice un pasaje sobresaliente y un poco olvidado de la Constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II:

“El sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en el exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. ÉL mismo une a sí a la comunidad entera de los hombres y la asocia al canto de este divino himno de alabanza” (S.C. n. 83).

⁴ Ver **RAHNER K.**, *Escritos de Teología, Tomo III*, Madrid 1968, pp. 48-59.

Esta cita del Concilio evoca la carta a los Hebreos en el capítulo 2 y en los pasajes que presentan a Cristo como Sumo Sacerdote, cuyas funciones sacerdotales son perfectas por su encarnación que une la divinidad y la humanidad.

Su encarnación lo revela como *el* sacerdote eterno, no sólo para la nueva familia de la Iglesia, sino también para toda la comunidad humana. Su obra salvífica para todos los hombres y mujeres del todo tiempo y lugar, está inseparablemente unida a su ascensión de nuestra común condición humana⁵.

Todo teólogo tendría que preguntarse: ¿tengo una teología en la que el Verbo, que es hombre y precisamente por serlo, sea el mediador necesario y eterno de toda salvación, no sólo de una vez por todas en el pasado, sino ahora y por toda la eternidad?

El acto religioso en sí y siempre, si se pretende alcanzar a Dios, tiene y ha de tener precisamente esta estructura “encarnatoria”.

Si no hubiera asumido una naturaleza humana (con todo su carácter corpóreo y su libertad), el Hijo de Dios no podría haber vivido y realizado una historia humana. Del mismo modo, si no hubiera mantenido su humanidad corporal –si bien en un estado glorificado-, no podríamos hablar de la resurrección de entre los muertos. Pero, de hecho, la condición humana que él asumió en la encarnación persiste eternamente en su estado nuevo y exaltado, y sucede así para la salvación eterna de todos los seres humanos.

Con atrevimiento, podemos parafrasear a san Jerónimo: “Jesús vuelve a la derecha del Padre sin dejar de ser hombre”.

“La modernidad no está equipada para comprender lo que constituye el núcleo del pensamiento cristiano, a saber, la intimidad de la eternidad y la temporalidad en Jesucristo” (G. Loughlin). Los ejemplos de Neussner en el libro del papa Benedicto XVI y Mario Vargas Llosa al visitar a un sacerdote misionero en Perú.

Por último, cito a un teólogo más (Karl Adam, *El Cristo de nuestra fe*): “Belén y el Gólgota no pueden separarse uno del otro. La encarnación del Hijo de Dios creó la condición y base previa para el tremendo acontecimiento que habría de estremecer cielo y tierra, la condición para la muerte del Hijo de Dios sobre el Gólgota, para nuestra redención y salvación. Sólo esta muerte redentora dio a la encarnación su última y espantosa seriedad”.

⁵ Ver **COLLINS G.O.**, *La encarnación*, Santander 2002, pp. 150-152.

IV. Breve reflexión en torno a la Navidad.

La fe en Jesús como persona verdaderamente divina es asombrosa. Les cuento un testimonio: durante la misa en la que participó en la Navidad de 1986, el novelista norteamericano Walker Percy se vio profundamente sorprendido por una poderosa experiencia religiosa. De inmediato escribió sobre ella a Robert Coles, un amigo psiquiatra de la Universidad de Harvard:

“Querido Bob, estaba participando en misa como en cualquier otra, en la que el sacerdote había pronunciado una homilía corriente. Un coro no muy bueno de jóvenes músicos cantaba; los interpretes no eran buenos, pero cantaban con entusiasmo. Entonces algo me sucedió: ¡y si realmente todo el cosmos tenía un Creador, y si éste había decidido por sus propias razones mostrarse como un bebé recién nacido, concebido y nacido en circunstancias sospechosas?

“Bien, Bob”, continua Walter Percy, “puedes atribuirlo al Alzheimer, a la resaca o a cualquier otra causa; pero aquello me sacudió. Tuve que fingir que estaba padeciendo un ataque de alergia, a fin de poder sacar mi pañuelo”.

Walter Percy fue siempre un intelectual, sometido a un riguroso autocontrol y nunca había sentido nada parecido a una experiencia mística, ni siquiera una punzada de entusiasmo pentecostal. La experiencia sobre la que escribió tuvo lugar una tarde de su vida y estuvo centrada en la sensación de asombro atónito ante la Palabra divina hecha carne y viviente entre nosotros. A pesar de su reserva sureña, Percy quedó profundamente sobrecogido y lloró por la pura simplicidad del gesto de amor de Dios en aquella primera noche de la Navidad⁶.

El teólogo medieval Guillermo de S. Thierry dijo una vez: “Dios ha visto –ya desde Adán- que su grandeza provocaba resistencia; que el hombre se siente limitado en su ser él mismo y amenazado en su libertad. Por tanto, Dios ha elegido una nueva vía. Se ha hecho niño. Se ha hecho dependiente y débil, necesitado de nuestro amor. Ahora –dice ese Dios que se ha hecho niño- ya no puedes tener miedo de mi, ya solo puedes amarme”.

La encarnación del Hijo de Dios es un hecho inaudito, los Padres de la Iglesia han reflexionado incluso en la sorpresa que se llevaron los ángeles en el nacimiento del niño Dios: “Los ángeles conocían la grandeza del universo, en la lógica y la belleza del cosmos que provienen de Él y que lo reflejan. Habían escuchado, por decirlo así, el callado canto de alabanza de la creación y lo habían transformado en música del cielo. Pero ahora había ocurrido algo nuevo, incluso sobrecogedor para ellos. Aquel de quien habla el universo, el Dios que sustenta todo y lo tiene en su mano, él mismo había entrado en la historia de los hombres, se había hecho uno que actúa y que sufre en la historia. De la gozosa turbación

⁶ Idem, pp. 141-142.

suscitada por este acontecimiento inconcebible surgió un canto nuevo, una estrofa que el evangelio de Navidad ha conservado para nosotros: ‘Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor’. La gloria de Dios está en lo más alto de los cielos, pero esta altura de Dios se encuentra ahora en el establo”⁷

El Papa Benedicto XVI tanto en la *Verbum Domini* como en sus reflexiones personales ha hablado que “Dios ha cumplido su palabra y la ha abreviado”, citando a Is 10,23 y Rm 9,28. Y comenta que esta expresión tiene al menos dos significados: la primera hecha por los Santos Padres que interpretan este pasaje diciendo que “El Hijo mismo es la Palabra, el Logos; la Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre”.

Segundo significado, la Palabra de Dios que se nos comunica en los Libros Sagrados se había hecho larga y complicada, no sólo para la gente sencilla, sino también para los concedores de la sagrada Escritura; pero Jesús ha hecho breve esta palabra, nos ha dejado ver de nuevo su más profunda sencillez y unidad. Todo lo que nos enseñan la Ley y los profetas se resume en esto: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22,37-39).

Por último quisiera citar algunas partes de un gran teólogo que reflexiona sobre la encarnación del Hijo de Dios en la Navidad:

“Dios se ha hecho hombre, ya no necesitamos buscarlo en la infinitud del cielo, donde nuestro espíritu y nuestro corazón se pierden sin rumbo; ahora él está en nuestra tierra, en la que no se concede ningún privilegio sino que comparte la misma suerte que todos nosotros: hambre, cansancio, enemistad, una muerte temida y patética. Por inverosímil que pueda parecer, la infinitud de Dios ha asumido la limitación humana.

Dios ha venido. Está aquí. Y todo es distinto a como creíamos. Cuando decimos “es Navidad” estamos diciendo: Dios ha dicho al mundo su última, más profunda y hermosa palabra en una Palabra hecha carne, una Palabra que ya no puede volverse atrás porque es un acto definitivo de Dios, Dios en el mundo.

Esta Palabra de amor hecha carne nos dice que debe haber una comunión íntima, de corazón a corazón, entre el Dios eterno y nosotros; dice aún más, que existe ya esta comunión (aunque nosotros podamos rechazar aún ese beso de amor que nos quema). Esta Palabra la ha dicho Dios con el nacimiento de su Hijo.

Todo tiempo queda abrazado por la eternidad. Todas las lágrimas quedan enjugadas en lo más íntimo, pues Dios las ha llorado y las ha enjugado en sus propios ojos. Nadie está perdido, pues cuando parece que no sabes seguir adelante, resulta que has llegado a Dios. Todos son consolados, porque cuando no cuadren las cuentas de tus

⁷ Ver, **BENEDICTO XVI**, *Y Dios se hizo hombre*, Madrid 2012, pp. 116-117.

pensamientos y de tus experiencias, Jesús hecho hombre es el resto no encontrado. Toda esperanza es ya una verdadera posesión, pues Dios ha sido ya poseído por el mundo. La noche del mundo se ha vuelto día.

El pequeño Bebé en brazos de María hizo realidad la antigua bendición judía: “El Señor te bendiga y te proteja, haga resplandecer su rostro sobre ti y te conceda su favor. Que el Señor te mire con benevolencia y te conceda la paz” (Nm 6, 24-26).

Somos y seremos bendecidos y guardados, porque ahora podemos ver la gloria divina en el rostro del Niño.

P. Hugo A. Chávez

hugochavez81@yahoo.com.mx

Al Presbiterio de Monterrey el jueves 15 de diciembre 2016